

Angel Alvarez Gómez

RENE DESCARTES: DISCURSO DEL METODO, DIOPTRICA, METEOROS Y GEOMETRIA. Prólogo, traducción y notas de Guillermo Quintás Alonso, Madrid: Alfaguara, 1982, pp. LV + 490.

Alfaguara continúa con su programa de ediciones castellanas de los clásicos del pensamiento; a la edición de las Meditaciones Metafísicas preparada por Vidal Peña viene ahora a añadirse la del Discurso del Método y los Ensayos. El traductor en este caso añade una obra fundamental a su ya larga lista de ediciones de obras cartesianas (Tratado del Hombre, Explicación de la mente humana, Notas al programa de Regius...). Entendemos que la traducción con ser espléndida es tan importante como la introducción y las notas aclaratorias que la acompañan. Todo ello revela que estamos ante el trabajo de un estudioso que se ha tomado la labor con minucioso detalle y que responde bien a la justa consideración de conocedor de la obra cartesiana. En reconocimiento de este mérito quisiera hacer algunas menciones que considero especialmente significativas.

1. Se plantea la introducción como una invitación sugerente para la lectura de una obra toda ella llena de sugerencias; en principio, para "lograr despertar interés por su filosofía", pero, en definitiva, para una apertura del horizonte de lo que ha de venir a ser toda la edad moderna. Esta simple indicación sitúa al Discurso en su justo marco de referencia y hace de él condición indispensable para entender a Descartes e incitación a la lectura de las otras obras, siquiera sea para entender el Discurso mismo.

La lectura que se propone se sustenta en la idea de ruptura con el pasado, de sustitución -progresiva- de la tradición por la sola razón en conjunción con el experimento y abarcando todo un programa de cuestiones que modifiquen la imagen del mundo vigente. Indudablemente éste es el haber de la filosofía cartesiana de cara a la modernidad; su débito con el pasado ya ha sido resaltado en otras lecturas.

Lo que ya parece más problemático es que con tales intenciones el destinatario adecuado pueda ser el desconocedor de la cultura. El Descartes escurridizo se manifiesta aquí con todas sus virtualidades. El cambio de lengua y el -al menos aparente- de público acaso sea un pretexto para llamar la atención de aquéllos que están en condiciones de juzgar siempre que tengan el coraje de abandonar viejos hábitos. Esta interpretación vendría confirmada por el procedimiento que incluye referencias a la instrucción recibida (p. XV y XVI y la 1ª parte del Discurso), recogida con acierto en la

introducción cuando aludiendo a la intención de "presentar su vida como en un cuadro" se apunta tanto a la selección de planos como de destinatarios (p. XXI). En definitiva, queda ampliamente validada en cuantas alusiones se recogen en torno a la importancia y lectura de los Ensayos (p. XXVIII).

2. La introducción dedica un primer apartado a "El viajero, su historia, sus dudas" (pp. XIV-XXXI). Algunas ideas me parecen dignas de ser recogidas:

1ª. Se da por resuelta la polémica en torno a la historicidad del Discurso tras hacer algunas alusiones a posibles sentidos. Lo significativo pudiera ser la pervivencia de un mismo interés, la existencia de un hilo conductor que recorre todo el quehacer desde las primeras preocupaciones hasta los últimos resultados. Tanto por lo que se refiere a la descripción de experiencias como al estilo autobiográfico tiene el discurso su inspiración en modelos renacentistas; pero hay en él una superación de aquella perspectiva en cuanto queda rebasado el interés individual hacia una experiencia universalizable. Descartes aparece a esa luz como intérprete y crítico del Renacimiento: "El hombre que camina solo... es Descartes... Un propósito expresa tal proceder: significar que el hombre parece destinado a cumplir su cometido en todos sus aspectos" (p. XXIV).

Lo autobiográfico, se señala, "sirve a una causa": la lucha contra el escepticismo que en el fondo pretendía una vuelta al abandono teocéntrico. Frente a él queda al menos el derecho a comunicar las propias experiencias y convicciones. Lo que sugiere es que queda una vía abierta para el hombre. Lo importante es la necesidad de ir hacia un modo de hacer consistente en proponerse fines y los medios para realizarlos, tema de enorme relevancia para la modernidad.

2ª. La intención teórico-práctica del Discurso, como en general de toda la obra cartesiana, es una constante que, por descuidada, merece más atenta consideración. Ello se refleja en dos aspectos: El primero de ellos dice referencia a que la indagación de la verdad, "principal bien para mí en esta vida", como escribía a Elisabeth, no puede desengancharse del sentido que lleva al desarrollo de la medicina, la mecánica y la moral. La conexión de esos tres "frutos" parece fundamental y representa la mejor muestra de un planteamiento de ruptura. El segundo se refiere al conjunto de necesidades materiales y de implicaciones personales que el programa de investigación comporta; la aportación cartesiana es importante en lo que se refiere a la asociación "profesional" entre científicos y técnicos (léanse, por ej., las cartas en torno a Ferrier).

3ª. De nuevo el Descartes resbaladizo se manifiesta en el vaivén al que la introducción hace referencia, del compromiso a la retirada, de la obligación a contribuir al bien a los riesgos que

comporta. ¿No plantea algo más radical que la falta de apoyo institucional y apunta hacia la conjunción de inseguridad y firmeza propias de los nuevos tiempos?

El Discurso está en la línea de lo que más tarde pasará a ser Meditación: Antes de la intención interesa el significado del término. Es un discurrir de los principios a las conclusiones con exigencia de formulación de los mismos principios, que representa el contrapunto al estilo dialéctico medieval en el que se arranca de posiciones de síntesis con la primaria intención de suscitar la posición contraria y la subsiguiente disputa. Desde ahí adquiere pleno sentido el anonimato, la renuncia a la polémica y la invitación a que todos emitan juicio. Por ello no se enseña el método; se invita a que cada cual recorra el camino.

Es una propuesta asequible a todos y "siempre directa, aunque pueda parecerse caduca o poco consistente" (p. XXIV). La invitación se convierte en incitación incluso a la contra, que es la otra forma de suscitar preocupaciones distinta a la escolástica. Sin haber aclarado suficientemente esto no se entiende la superposición de los valores lógico y temporal de los adverbios, ni el más positivo alcance de la pregunta que cada opinión de Descartes puede suscitar al lector (p. XX).

4ª. La obra contiene la propuesta de una nueva filosofía, la fundamentación del método y la muestra de sus resultados. Cualesquiera análisis e interpretación que se den al texto tienen que tener presente esa triple perspectiva y hacerlo en los límites de la formulación cartesiana. La lectura puede pecar por exceso y por defecto: pidiendo más de lo que el autor pretende, una exposición sistemática y acabada de cuantos principios fundamentan lo que dice; o limitándose a la lectura del Discurso sin advertir cómo los Ensayos son su mejor aval. La presente edición, por cuanto recoge la obra completa, constituye una muy valiosa contribución a la inteligibilidad adecuada de Descartes, acostumbrados a traducciones del solo Discurso. Este mismo en su compleja estructura se hace incomprensible si no es en la referencia a los temas fundamentales que introduce y en torno a los cuales interesa pulsar opiniones.

El hilo conductor está trenzado de intenciones y recursos tales como la matematización del conocimiento de la naturaleza, para lo que se requiere una geometría más fluida; la contribución de una experiencia racionalizada, para lo que han de establecerse las condiciones del experimento; la generalización del análisis, sustento de una actitud de invención frente a la repetición; dar curso libre a la razón, en fin, frente a cuantos la tienen varada en intrigas dialécticas o desconfían de su capacidad para que el hombre pueda guiarse por ella (p. XXX-XXXI).

3. El segundo apartado se centra en torno a "los problemas de los fundamentos" (pp. XXXI-XLIII). Descartes no se entiende si no es

Desde las coordenadas del método y la necesidad metafísica. Las aparentes vacilaciones y prisas que rezuma la IVª parte del Discurso, con tener una justificación, han de ser entendidas desde el carácter de "ensayo" acerca de por dónde han de ir las cosas en la nueva filosofía. El método quedaría sin ella como una pretensión más que añadir a las muchas de la época.

1º. La nueva inspiración metafísica tiene dos claras referencias: el despego del realismo ingenuo y la independencia respecto de la Teología. Caer en lo segundo multiplica los errores de la dependencia de lo primero. La razón que Descartes postula no es aún la razón ilustrada que se atreve con todos los ámbitos de la actividad humana; es más bien su condición histórica. Hay presente una continua polémica con la tradición, medieval desde un supuesto y antigua desde otro, desde cuya conciencia su lenguaje está preñado de nuevas significaciones. La pretensión de los objetores a las Meditaciones de devolverle a la arena de la lidia escolástica denota una lúcida conciencia de la novedad y de los mecanismos que harían -todavía una vez más- posible neutralizarla; pero ese es un juego en el que Descartes no cae. Por lo mismo, polémicas como la mantenida con Vöetius y sus acólitos tienen un enorme atractivo.

La otra referencia arrastra consigo una interpretación determinada de la historia de las grandes tradiciones platónica y aristotélica y del arraigo en los respectivos maestros que lleva a Descartes a la necesidad de formular una doctrina de los principios. Desde ella se entiende el papel del "yo pienso" y de Dios, y la distancia que le separa de cualquiera otra filosofía que se centre en los mismos objetos. La fundamentación metafísica del saber se alcanza cuando, a través de la existencia de Dios, se garantiza "la verdad de la regla según la cual son verdaderas todas las cosas que concebimos con entera claridad y distinción" (p. XXXVIII).

2º. El tema de la fundamentación viene a parar a "la relación entre la física y la metafísica" (p. XXXIX). No es este un añadido a la justificación del método y de la evidencia, como parece dar a entender la introducción, sino que forma cuerpo con ella. Muy acertadamente se formulan las cuestiones a dilucidar en torno al asunto: ¿Dónde aclara Descartes la relación? ¿Cuáles son los principios generales de la Física? ¿Qué grado de claridad alcanzan las expresiones cartesianas al respecto? (p. XL; ver nota 36 a la segunda parte, p. 425).

Partiendo del carácter incitativo y sugerente del Discurso la respuesta ha de buscarse en las otras obras. Me parece a este respecto: 1º) Que antes de la fundamentación metafísica de temas concretos, (como las leyes del movimiento), está la justificación misma de la ciencia física. 2º) Que no se recuerda la importancia de la regula XIVª y la metafísica de la extensión expuesta en la IIª Meditación (AT, VII, 30-31; ver la referencia en la nota 29 de la IVª parte, pp. 439-440). 3º) Que desde las Reglas cabe una

metafísica donde nada hay que no sea "vel notissimum lumine naturali, vel accurate demonstratum", junto con una física de carácter hipotético, corregible y progresiva, aunque de ella no sea la mejor muestra precisamente la cuarta parte de los Principios. 4º) Que la justificación de la experiencia, como fuente indispensable para el conocimiento de los fenómenos físicos, constituye uno de los objetivos principales de esa metafísica que va constituyéndose al hilo de las exigencias de la investigación científica.

Un apunte más: al lado de las referencias críticas a la tradición, la escolástica y el escepticismo se echa en falta la alusión al amplio papel del naturalismo, motivo inspirador de la tesis mecanicista y motor de su desarrollo que el traductor conoce tan bien (ver nota 1 a la Vª parte, pp. 440-441).

La introducción viene seguida de una cronología, reproducción de la que acompaña a la edición de las Meditaciones de Vidal Peña y de una bibliografía que recoge las principales ediciones y los más destacados estudios sobre el método y los aspectos destacados en la introducción.

4. La traducción del Discurso y la Dióptrica vienen precedidas de notas aclaratorias. Advertimos que más bien las notas deberían ir intercambiadas, de manera que la que precede a la Dióptrica precediera al Discurso y viceversa.

Haciéndose eco de una de las más obsesivas preocupaciones cartesianas: liberarse de los enredos lógico-lingüísticos de la filosofía escolástica; apoyándose oportunamente en una nota de la "Historia de la lengua francesa" de Brunot referida a la escasa aportación del cartesianismo al desarrollo de la lengua y teniendo en cuenta el destino de los Ensayos tanto a científicos como a constructores de instrumentos, la traducción se mantiene en la línea de una expresión sencilla sin tecnicismos y respetando fundamentalmente la edición francesa, aunque las variantes significativas de la edición latina son recogidas. Al margen se indica la paginación de la edición AT, dato de significada importancia que lamentablemente no se incorporó a la traducción de las Meditaciones. Las figuras de la edición crítica son reproducidas con la deseable perfección.

La nota que corresponde mejor con la Dióptrica insiste en la importancia para Descartes, y para las mejores posibilidades de la ciencia, de desarrollar cuantos instrumentos puedan remediar los defectos y potenciar las capacidades de la experiencia. La distancia que Descartes mantiene respecto de otros iniciadores en ese campo ha de ser interpretada menos desde un afán de originalidad que desde la nueva integración sistemática que los temas adquieren en su pensamiento.

5. La importancia del apartado de "Notas y variantes" puede sopesarse inicialmente desde la sola consideración cuantitativa:

ocupan 81 páginas. Constituyen un aparato crítico que podemos clasificar en: variantes de la edición latina, aclaraciones terminológicas, comentarios explicativos, ampliación con referencia a textos paralelos y estudios más amplios sobre algunas de las ideas expuestas. Es natural que con frecuencia algunas notas cubran múltiples aspectos de estos. En conjunto se da una amplitud cabida a la correspondencia, inclusión que consideramos del mayor interés por su desconocimiento, que no hace justicia a la importancia clarificadora y complementaria de las obras que contiene. Anotamos también el amplio uso que se hace de los estudios de Denissoff y Laporte y la frecuente apelación al comentario de Gilson, inevitable en cualquier comentario al Discurso. No son de menor interés las prolongaciones hacia la lógica de Port-Royal, por cuanto tienen de ampliación e interpretación de las ideas metodológicas de Descartes. Otros estudios quizá no reciben un tratamiento proporcionado a la importancia que tienen. Las traducciones que pudieran ser discutibles pretenden en todo caso quedar apoyadas por interpretaciones basadas en estudios críticos (tal la traducción de "esprit" por "ingenio", nota 15, p. 411).

Del grupo de las que podíamos considerar como estudios, algunas notas son especialmente significativas y no podemos dejar de hacer alguna referencia:

1ª. La contextualización del Discurso en torno a la indagación de la verdad en contraste con otros intereses más pragmáticos, sin que ello obste a la proyección práctica que adquiere la investigación (19, p. 412).

2ª. El juicio sobre la "historia" requeriría la referencia a la conexión entre memoria e intelecto, marco desde el que se funda la opinión que a Descartes le merece la situación de esa actividad en la época y que al menos parece denotar una conciencia de que no es aún lo que debiera (36, p. 414).

3ª. Los datos sobre el desprendimiento de la Teología y la sinceridad religiosa del hombre Descartes están bien sintetizados (43, p. 416). Nos preguntamos, sin embargo, si merece la pena seguir planteando así las cosas.

4ª. En algunos casos creemos que sería una buena aportación, dada la seriedad del estudio de notas, la ampliación de determinados aspectos. Algunos podrían ser estos: El alcance de la duda frente a la Tradición y su sentido (11, p. 420); la inspiración matemático-matemático (20, pp. 421-422); la problematización de la segunda regla (28, p. 423); la última razón de la generalidad de las reglas, su carácter sintético y la dependencia de otros textos anteriores además de las Reglas para la dirección de la mente (30, pp. 423-424).

5ª. Mención especial merecen las notas a la IIIª parte

por lo extensas y en relación con el deseo de buscar las raíces en la alternativa a la situación planteada por la Reforma y la Contrarreforma. Un aspecto importante creemos que se olvida: el carácter provisional queda perfectamente definido, pero no parece igualmente justo afirmar que "siempre se mantuvo en esa misma posición sin expresar nunca la posibilidad o el deseo de acometer con un estudio moral..." (p. 427). Lo que sólo es cierto si se espera una construcción sistemática al estilo de la Física. Pero siendo ambas de tan diferente carácter, ¿cabe postular para ellas un mismo modelo? ¿La correspondencia de los últimos años no contiene nada de nuevo más definitivo? Creemos que es importante no desligar el tema de las intenciones, ni arrancar a éstas de la vertebración que respecto del conjunto de problemas de filosofía teórica y práctica mantienen. La propuesta cartesiana incluye la construcción de unas reglas de conducta al ritmo de la construcción de la ciencia, como fruto de ella. Algo similar habría que decir en lo que se refiere al interés por la política (nota 32, p. 414). Tampoco aquí parece considerarse en sus merecidos términos el contenido de determinadas cartas. Aunque no se puede hablar de una doctrina sistemática tampoco vale quedarse con los juicios valorativos de la primera época, en la que, al fin de cuentas, aún no se la considera aparte de la moral.

6ª. La interesante referencia a la enajenación de la libertad hace inevitable la mención de las cartas 272 y 274 de la edición AT como muestra representativa de la defensa de la libertad de expresión cuando desde las instancias oficiales se ve amenazada (nota 9, p. 429). Por lo que se refiere a los textos que motivar las notas 12, 22 y 27 (pp. 430-433), ¿no estamos ante una formulación de lo que Max Weber calificaría de "acción según fines" y, por consecuencia, ante el protoenunciado de lo que habría de constituirse en el modo moderno de moralidad?.

7ª. Dado el carácter minucioso de las notas, agradecería encontrar una referencia más directa a algunos de los problemas que suscita la formulación del "yo pienso" y la relación que guardan tales textos con los de las Meditaciones, (nota 8, p. 436). Importante sin duda es la precisión que se recoge en la nota 10 (p. 437) referida a la función de los principios, sobre lo que versa un amplio comentario de la introducción. Otro tanto habría que decir respecto a los problemas que suscita la formulación del criterio (nota 10, pp. 438-439).

8ª. Mencionamos a título ilustrativo el interés de algunos comentarios como: nota 17 (p. 438) sobre la prioridad de Dios sobre el "yo pienso"; notas 22 y 23 (p. 439) sobre la "idea"; nota 6 (pp. 441-442) sobre el concepto de naturaleza y su delimitación en un nuevo proyecto de investigación; nota 41 (p. 447) que contiene las diferencias con la explicación de Harvey sobre la circulación de la sangre y las amplias explicaciones de las notas 49 a 51 (pp. 448-450), que hacen pensar en la edición del

Tratado del Hombre de la que siquiera sea de paso hay que destacar la importancia; la nota 5 a Los Meteoros (p. 468), que contiene la formulación del carácter hipotético-deductivo que se enuncia para la ciencia moderna; etc. Las constantes comparaciones con el modo de resolver los problemas por parte de la tradición escolástica anclada en la relectura de la Física de Aristóteles ilustra suficientemente acerca de las ideas de una época y del contraste que se plantea con las dificultades que todo cambio de paradigma conlleva. Quizá en todo lo que se refiere a los problemas de la ciencia de la naturaleza se eche de menos la alusión a la importancia de la tradición platónica en la inspiración del método de la ciencia, aspecto en el que Descartes y Galileo coinciden en principio.

En suma creemos que, sin ceder a la tentación de los tópicos al uso de las reseñas, cabe decir que estamos ante una edición importante de una obra cuya importancia ya conocíamos, pero que en la presentación que tenemos delante se hace atractiva y sugerente para una nueva lectura capaz de iluminar algunos de los ámbitos del mundo que vivimos, desde las claves que se nos proponen como invitación.